

Lecturas

La glasnost soviética en la cultura cubanas de los años 80

Soviet Glasnost in Cuban Culture in the 1980s

Ignacio Iriarte

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4596-3164>

iriartelignacio@gmail.com

Recibido: 05/05/2025

Aceptado: 04/08/2025

Resumen: Este trabajo se propone describir la recepción de la glasnost soviética en la cultura cubana de la segunda mitad de los años ochenta. En la primera parte, se realiza una evaluación de algunos de los principales aportes sobre el tema. A partir de esto, se propone como hipótesis que los cambios que se producen en la cultura cubana de los años ochenta responden a causas endógenas, pero en muchos aspectos sintonizan con los cambios soviéticos, algo que los intelectuales cubanos explicitan por medio de la traducción y apropiación de conceptos e ideas de la URSS. Para comprobar esto, se propone una periodización de la perestroika y luego se enfocan algunas reflexiones sobre el periodismo en general y la recepción que las revistas culturales cubanas hacen de la glasnost.

Palabras clave: Años ochenta, Glasnost, Cuba, Revistas Culturales.

Abstract: The purpose of this paper is to describe the reception of the Soviet glasnost in Cuban culture in the second half of the 1980s. In the first part, an evaluation of some of the main contributions on the subject is made. From this, it is proposed as hypothesis that the changes that take place in the Cuban culture of the 80's respond to endogenous causes, but they go in many aspects in tune with the Soviet changes, something that the Cuban intellectuals make explicit through the translation and appropriation of concepts and ideas from the USSR. To demonstrate this, this paper proposes a periodization of perestroika and then analyzes some reflections on journalism in general and the reception that Cuban cultural magazines make of glasnost.

Keywords: 1980's, Glasnost, Cuba, Cultural Magazines.

Las relaciones soviético-cubanas se desarrollaron con diferentes grados de intensidad entre el comienzo de la revolución cubana en 1959 y la disolución de la Unión Soviética en 1991. En todo ese período, sigue siendo de especial interés el modo en que se estructuraron los intercambios a fines de los años ochenta, durante la puesta en marcha de las reformas económicas y la apertura informativa (perestroika y glasnost) que impulsó Mijaíl Gorbachov desde que asumió como Secretario General del PCUS en 1985. En lo que respecta a la literatura, la cultura y los intelectuales podemos destacar dos preguntas centrales para pensar ese período: 1) ¿en qué medida hay semejanzas o influencias entre los procesos soviéticos y las reformas que, bajo el nombre de Proceso de Rectificación, implementa el gobierno cubano a partir de 1986? y 2) ¿qué tipo de vínculos existieron entre los procesos culturales cubanos y los soviéticos en el período 1985-1991?

En relación con la primera de esas preguntas existe una respuesta unánime por parte de los estudios académicos: el Proceso de Rectificación planteó una dirección contraria a la perestroika. Desde 1985 el gobierno de Castro dismanteló

los mecanismos de mercado que se habían implementado bajo la planificación central, planteó una vuelta a los incentivos morales de Ernesto Guevara y buscó concentrar el poder de decisión en sus manos. Aunque es importante matizar algunos aspectos, la perestroika siguió el camino contrario en la medida en que Gorbachov buscó implementar mecanismos de mercado y con la glasnost comenzó a horadar la legitimidad del PCUS, lo que significó terminar con el sistema de partido único y transicionar a una economía capitalista de mercado.

Diferente es la situación de la pregunta sobre los vínculos entre la cultura cubana y la glasnost. En “Souvenirs de un Caribe soviético”, Rafael Rojas sostiene que la influencia fue muy baja debido a que el gobierno buscó desde el principio controlar la circulación de noticias provenientes de la URSS. No obstante, investigaciones más recientes, como la que Fabio Enrique Fernández Batista desarrolla en *Crónica de un derrumbe*, demuestran que las noticias sobre la perestroika y la glasnost circularon abundantemente en la prensa periódica, de la misma manera que lo hicieron en la prensa cultural, sobre todo durante los años 1987-1988 (Iriarte 2024). El problema es que estas dos líneas de interpretación resultan acertadas. Por una parte, como demuestra Fernández Batista, las ideas circularon ampliamente en la prensa cubana, mientras que por la otra es cierto que, como dice Rojas, esto no implicó su entera adopción por parte del gobierno ni de la cultura. ¿Qué explicación se le puede dar a esa situación aparentemente contradictoria?

Para echar luz sobre este problema, es interesante volver al ensayo clásico sobre el tema “The Political Impact on Cuba of the Reform and Collapse of Communist Regimes”, de Jorge I. Domínguez. En ese texto, el historiador

demuestra que efectivamente las noticias sobre la perestroika y la glasnost circularon en Cuba. Sin embargo, apertura no significa necesariamente influencia o adopción. Por el contrario, Domínguez subraya que a fines de los años ochenta Cuba no tenía una particular predisposición a adoptar medidas soviéticas debido a que las relaciones bilaterales no pasaban por su mejor momento. Además, Castro había expulsado del Consejo de Planificación Central a los integrantes del Partido que propiciaron la utilización de mecanismos de mercado, lo que impidió que existiera receptividad a las nuevas ideas que estaba implementando Gorbachov. En ese contexto, Domínguez establece dos ideas de interés para pensar la cultura del momento. En primer lugar, destaca que existe una diferencia en términos de expresión ideológica entre la dirigencia y los sectores intelectuales. En resumidas cuentas, los intelectuales pueden mostrarse como “librepensadores” mientras que cuando las personas están más cerca del poder deben mantener posiciones más coherentes con el Partido. En segundo lugar, Domínguez agrega que una de las características del caso cubano es que muchas de las reformas que puso en marcha la glasnost en la Unión Soviética se habían desarrollado ya de una manera endógena en Cuba.

Para comprobar este comportamiento, el historiador sigue como estrategia evaluar la influencia de la glasnost tomando como objeto de análisis un elemento representativo de la cultura del momento en el que sería esperable que se incorporaran las nuevas ideas. Ese elemento debería cumplir dos condiciones: en primer lugar, tendría que haber sufrido cambios significativos en otros países comunistas y, en segundo lugar, el gobierno tendría poco que perder si ese elemento sufriera cambios de modo que no bloquearía la influencia de ideas externas sobre

él. Para su análisis, Domínguez elige la poesía y la narrativa de ficción, utilizando la siguiente pregunta: ¿los textos tratan sobre los temas épicos de la revolución y la construcción de la nueva sociedad o abordan cuestiones subjetivas como el amor? En la URSS y en algunos países de Europa del Este sucedió ese pasaje: se pasó de lo colectivo a la expresión subjetiva de lo singular. Para Domínguez, en Cuba se advierte la misma situación, con la diferencia de que este proceso ya se había producido a fines de los setenta, antes de la glasnost soviética. Esto significa dos cosas: 1) que los cambios culturales en Cuba se basan en procesos endógenos y 2) que la influencia de la glasnost fue muy limitada en el país.

A pesar del alcance explicativo que tiene esta propuesta, el caso de la poesía y la narrativa merece una revisión, porque a diferencia de lo que sostiene Domínguez, los procesos de cambio que él ve en los setenta efectivamente se produjeron en la misma época que la perestroika y la glasnost en la URSS. Tomemos en primer lugar la poesía de los ochenta, que actualmente es un tema muy bien estudiado por la crítica. En un artículo de 2002, Walfrido Dorta trabaja el tema a través de las antologías que se publicaron en la década y se detiene en la primera que se publicó sobre la poesía de los años ochenta, la famosa *Usted es la culpable*, que Víctor Rodríguez Núñez sacó en 1985. A diferencia de lo que sostiene Domínguez, en ese libro encontramos un conjunto de autores que continúan el conversacionalismo de los años setenta y se mantienen ligados a un yo colectivo ideológicamente fundamentado. A las mismas conclusiones llegan Francisco Morán (1999) y Jorge Cabezas Miranda (2012). También podemos comprobarlo con una rápida mirada sobre esa poeta central que es Reina María Rodríguez. En su segundo libro, *Cuando una mujer no duerme*, publicado en 1982,

premio Julián del Casal 1980, encontramos una tendencia a la afirmación del yo individual. Sin embargo, en ese libro también hay dos poemas abiertamente ideológicos como “Hoy habla Fidel” y “Es un país”, escrito tras el suicidio de Haydée Santamaría. Esto indica que el tránsito del yo colectivo al yo individual se está produciendo en los años ochenta en los mismos años de la glasnost. Francisco Morán sintetiza el tema tomando el caso de Reina María Rodríguez, poniendo el foco en la obra que publica entre *La gente de mi barrio* (1976) y *Travelling* (1996): “De la poesía conversacional de los 70 a una escritura más audaz, el riesgo parece no tener límites. Vida y obra animan y desbordan una misma sustancia, un mismo cuerpo” (1999: 26). Algo semejante podemos decir de la narrativa. Una de las líneas que corre desde los años sesenta es el reclamo de que los escritores elaboren la novela de la Revolución. En los años ochenta ese tópico no ha desaparecido, como podemos ver en una reseña de Bernardo Marqués Ravelo sobre el libro *Nos impusieron la violencia* de Norberto Fuentes publicada en *El Caimán Barbudo* en febrero de 1987. Marqués Ravelo celebra el libro, pero sostiene “que hay zonas de nuestra historia más reciente que siguen siendo terreno virgen para la literatura. Me explico: la novela de la Sierra Maestra, pongamos por caso, o la de la lucha contra bandidos aún está por escribirse” (1987: 28). Así como la poesía comienza su transformación en los ochenta, en la narrativa todavía gravita la búsqueda del yo colectivo: “¿Cuántas verdades están por revelar en esas dos epopeyas[?] [...] ¿cuándo emprenderá el narrador la obra magna de esa gesta?” (1987: 28).

A partir de estas observaciones, quisiera proponer una hipótesis sobre las relaciones de la cultura cubana con la glasnost que se diferencia en varios puntos de los que acabo de comentar. Por una parte es cierto que los cambios que se

producen en fenómenos como la literatura, el periodismo y los intelectuales tiene causas endógenas, pero corren en paralelo con las noticias que llegan de los países soviéticos, lo que genera por momentos una cierta armonización de lo que sucede en Cuba y la URSS y muchas veces se producen apropiaciones de conceptos por parte de los cubanos para pensar su propia situación.

¿Cómo comprobar esta hipótesis? En primer lugar, siguiendo a Fernández Batista, es importante partir de una caracterización más precisa de los procesos que se producen en la URSS. Al pensar en la perestroika y la glasnost se corre el riesgo de olvidar que esos conceptos no están definidos solamente por los años finales de Gorbachov, cuando se vuelca a las reformas pro-mercado, sino que son palabras cuyo significado se desarrolla de una manera más compleja. A partir de autores como Vladislav Zubok (2008) y Roger Keeran y Thomas Kenny (2015) podemos destacar dos períodos en las políticas que implementa Gorbachov: por una parte, 1985-1987 y por la otra 1989-1991, siendo 1988 un año-frontera. Aunque existen algunas discrepancias entre los dos trabajos recién mencionados, se puede decir que hasta 1987 Gorbachov continuó una línea de reformas inspiradas en el breve secretariado de Yuri Andropov. Keeran y Kenny subrayan que en ese período la perestroika no estaba orientada a la implementación de políticas de mercado, sino a una serie de objetivos diversos entre los que se cuentan el combate contra la corrupción, el intento de limitar la Segunda Economía (mercado negro) y reducir el poder de los conservadores. Por su parte, Zubok sostiene que durante este tiempo Gorbachov se mantuvo apegado a un ideario leninista articulado en la lucha de clases y sostuvo un discurso completamente ambiguo, característica que marcó su estilo hasta el final. En relación específica con la glasnost, Joseph

Gibbs propone un relato que coincide con esta periodización. En *Gorbachev's glasnost*, el autor destaca que la glasnost no es simplemente una búsqueda de transparencia y libertad de expresión, sino un instrumento que utilizó Gorbachov para atacar a sus opositores. Para Gibbs tiene dos estadios bien nítidos. Entre 1985 y 1987 Gorbachov y su círculo comprendieron la glasnost en el marco de la tradición partidaria de la crítica y la autocrítica e impulsaron la prensa para depurar el Partido y reformar el Estado. Desde fines de 1987 Gorbachov dirigió la glasnost contra el PCUS a través de la puesta en marcha de una campaña de desestalinización, lo que implicó horadar la legitimidad del Partido, llevando a plantear su separación de las funciones estatales en pos de una transición hacia la democracia multipartidaria.

Esta periodización permite comprender las dinámicas que tuvo la circulación de las noticias de la perestroika y la glasnost en Cuba. Desde un punto de vista general, se puede decir que la información circuló ampliamente en la prensa periódica y cultural hasta 1988 y tuvo una acogida favorable en muchos escritores e intelectuales. Por ejemplo, el libro de Gorbachov *La perestroika y la nueva mentalidad* se publica en Cuba en enero de 1988 en el Combinado de Revistas y Otros Medios de Propaganda “Federico Engels” y aparece en la lista de los libros más leídos en abril-mayo de 1988 de acuerdo con el ranking semanal de *Bohemia*. Sin embargo, ya a principios de 1988 Gorbachov gira al mercado y comienza a horadar el PCUS, lo que repercute en la dirigencia cubana. Jorge I. Domínguez sostiene que Castro manifiesta su desacuerdo con la perestroika a fines de 1987, durante el viaje por la celebración del setenta aniversario de la Revolución de Octubre. Extrae el dato de los recuerdos que el mandatario exterioriza en un

discurso del 10 de octubre de 1991, pero hay elementos que sugieren que se trata de una información verídica. Fernández Batista comenta que el periodista Víctor Manuel González Alvear estaba en ese momento en Moscú por un curso y se acercó a la delegación cubana a través de Carlos Aldana: “Aldana le comenta que yo [...] mantenía la simpatía inicial por la perestroika, a la que entendía como análoga a nuestra Rectificación en más de un sentido. Recuerdo que cuando Aldana le dice eso a Fidel, él me miró y me dijo ‘te compadezco’” (84).

Las prevenciones contra la perestroika y la glasnost se volvieron definitivas en agosto de 1989, cuando el gobierno interrumpe la circulación de las revistas soviéticas *Sputnik* y *Novedades de Moscú* por tratarse de dos medios que bregaban por la transición al capitalismo en la URSS. Pero hasta ese momento la glasnost no se veía necesariamente de esa manera. Como demuestra la anécdota de González Alvear recién comentada, muchos periodistas, escritores y artistas podían encontrar sintonías entre la cultura cubana y una glasnost que solo más tarde pudo interpretarse como una política dirigida a terminar con la experiencia comunista en el bloque soviético. En otras palabras, esto sugiere, nuevamente, que en los años ochenta existen una serie de procesos de transformación cultural endógenos que van en paralelo con la glasnost. Para comprobar esto voy a tomar una serie de textos cubanos que muestran dos cuestiones: 1) la existencia de afinidades, sintonías o convergencias entre algunas manifestaciones culturales cubanas y la glasnost, y 2) la publicación de textos sobre la glasnost y la traducción de ciertos conceptos clave como forma que tienen los cubanos de comprender lo que sucede en la URSS y también lo que sucede en Cuba.

Tomemos primero la situación que se vive en el periodismo en general. Como dije antes, durante sus primeros años Gorbachov inserta la palabra “glasnost” (usualmente traducida como “transparencia”) en la tradición partidaria de la crítica y la autocrítica. Joseph Gibbs destaca que el concepto tiene una historia relativamente extensa. Aparece durante el reinado del Zar Nicolás I (1825-1855) asociada a la necesidad de establecer una discusión acerca del rumbo de la economía. Lenin retoma el concepto articulándolo con la crítica, aunque restringe su aplicación al interior del Partido. Reaparece durante el breve secretariado de Andrópov en el marco de una campaña general para impulsar la transparencia en los reportes y las discusiones del Partido. En 1984, durante el mandato de Chernenko, Gorbachov toma el concepto para revivir el ataque de Andropov contra la burocracia conservadora. En el XX Congreso del Partido (1986) el recién nombrado Secretario General conecta el concepto con los medios de comunicación y lo convierte en un instrumento para fomentar la actividad política y la creatividad popular. En este contexto se inscribe en el marco de la crítica: la glasnost sirve para depurar los sectores conservadores del Partido y los nichos de corrupción.

Recordemos nuevamente que el Proceso de Rectificación va en contra de las políticas de mercado. Sin embargo, las resoluciones que lo ponen en marcha, emanadas del III Congreso del PCC, guardan una interesante sintonía en relación con los medios de comunicación. Esto se debe a que también en Cuba la palabra clave es la “crítica”. En las resoluciones se impulsa de hecho la crítica periodística sobre la gestión y la necesidad de que se señalen los errores y los problemas del gobierno: “Criticar no es una meta, sino la aplicación desde posiciones de principios de un método para interpretar la realidad en su conjunto, promover

acciones colectivas para transformarla y superar las imperfecciones” (1986: s/p). Asimismo, se subraya la necesidad de una cierta transparencia en el gobierno: “A su vez, muchos funcionarios y administradores no viabilizan la gestión de los periodistas ni los contactos con ellos, niegan acceso a datos no clasificados, se atribuyen facultades de censores y asumen posiciones justificativas, o no se dan siquiera por aludidos” (s/p). Como se puede ver, no se incorporan nociones del campo soviético ni se apoya una traducción de la glasnost, pero se formula una función del periodismo como crítica que tiene cierta sintonía con algunas de las propuestas que se realizan en la URSS.

¿En qué medida esta posición fue asumida por la prensa periodística y cultural? ¿Fue reconocida como tal? Para averiguarlo, vale la pena reparar en los aportes que realiza Julio García Luis. En *Revolución, socialismo, periodismo* destaca como momento central el VI Pleno de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), del 26 de mayo de 1986. Castro asiste a la reunión y dice que el gobierno apoya “una política de ampliar la información, para que se informe y para criticar; y la crítica no como un látigo, sino como un análisis, como una actividad constructiva que ayude a formar conciencia en todos nosotros” (García Luis, 2014: 126-127). El mismo García Luis destaca que el 12 de junio de 1987 el Buró Político propuso “que los directores son los que deciden qué se publica o no, y si es preciso consultar o no la publicación de algún material, a partir del criterio de que, como regla, se debe publicar, y como excepción, consultar” (127), lo que supone una independencia relativa de las redacciones. Actor fundamental del periodismo de la época, García Luis publica un ensayo en 1988 en la revista *Foro* de la UPEC, en donde afirma:

Al Partido, como fuerza rectora superior de la sociedad, le interesa vitalmente el desarrollo de una prensa capaz de actuar en forma enérgica y valiente, con independencia y autonomía, a fin de dar cumplimiento a la misión social de informar, orientar, divulgar la obra de la Revolución, denunciar lo mal hecho, vigilar y movilizar la opinión pública (2014: 135).

Como podemos ver, no hay una traslación de la experiencia soviética, pero al mismo tiempo se revela una afinidad. Lo mismo podemos decir de los cambios que se producen en las revistas literarias y culturales de la época. Tomemos tres de las publicaciones centrales de la cultura cubana: *El Caimán Barbudo*, *La Gaceta de Cuba* y *Revista Unión*. Las tres cambian de dirección entre 1986 y 1987 y proponen una profunda renovación de los contenidos. En efecto, la intención de los directores e instituciones involucradas era promover a los nuevos escritores, darle espacio a las nuevas tendencias teóricas, críticas y culturales, con fenómenos muy trabajados en estos años como el rock y el kitsch, y abrirse a las líneas de pensamiento actual, como el posmodernismo. La sincronía con el Proceso de Rectificación es notable en *La Gaceta de Cuba* y *Unión*, pertenecientes ambas a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). En diciembre de 1986, Nicolás Guillén abandona la dirección de *La Gaceta*, quien primero es reemplazado por un consejo de redacción liderado por León de la Hoz y luego por un director, Norberto Codina. *Unión* vive estas transformaciones a fines de 1987 cuando Nicolás Guillén, que también dirigía esta publicación, deja paso a Pablo Armando Fernández.¹ Por su parte, *El Caimán Barbudo*, perteneciente a la

1. En una entrevista de enero de 1987, el vice-presidente de la UNEAC, Lisandro Otero, fundamenta estos cambios en la necesidad de poner las revistas en manos de escritores jóvenes. Lo “primero que se hizo [con *La Gaceta*] fue poner en manos de los jóvenes esa publicación. La idea no es que se convierta en un vehículo de expresión exclusivamente de las más nuevas generaciones, sino que sean los nóveles escritores quienes la realicen” (1987: 11). De *Unión* dice

Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), se demora un poco más: en 1988 Paquita Armas es reemplazada por Alex Paudise en la dirección. Esto genera varias transformaciones marcadas por el ascenso de escritores jóvenes como Omar Pérez y Víctor Fowler en la revista. A su vez, la publicación crea las ediciones especiales *Naranja dulce*, que intenta organizarse como una revista independiente (Morejón Arnaiz, 2020). Igual de importante es que muchos de los que participan en ese nuevo medio, como Pérez, Fowler, Rolando Prats, Antonio José Ponte, Ernesto Hernández Busto y Emilio García Montiel, lo hacen en las reuniones del grupo Paideia en el Centro Cultura Alejo Carpentier, conformando lo que Rafael Rojas (2006) denomina un nuevo espacio de sociabilidad intelectual.

El conjunto de estas renovaciones se puede comprender a partir de razones endógenas de la cultura cubana. Esto es especialmente claro en relación con el cambio de dirección de *La Gaceta y Unión*. La salida de Guillén se explica por su pertenencia a una generación que se había formado antes de la Revolución. Por otra parte, se encontraba en una edad muy avanzada (muere a mediados de 1989). Pero igualmente es llamativa la sincronización que estos cambios tienen con la glasnost soviética. Esto revela dos cuestiones cruciales. En primer lugar, existe una cierta sintonía con la glasnost en la medida en que los cambios en las revistas culturales dinamizaron la esfera pública por medio de la incorporación de contenidos nuevos y la formulación de debates y discusiones. En segundo lugar, las tres publicaciones hicieron explícita esa sintonía incorporando noticias y reflexiones sobre la glasnost que permitían comprender los procesos que se

algo similar: “La despojaremos de ese tono severo, lo que en modo alguno quiere decir que olvidemos la profundidad del análisis” (1987: 11).

estaban viviendo en la URSS y el comunismo europeo y convertirlos en espejos para pensar lo que estaba pasando en la cultura cubana.

Un caso interesante es el de *Unión*. Jorge I. Domínguez destaca que la revista anuncia el cambio de director en el último número de 1987 y aprovecha para señalar la coincidencia de ese hecho con la celebración del 70 aniversario de la Revolución de Octubre. En ese contexto, destaca que se trata de un momento en el que florecen los debates al interior del pueblo soviético. *El Caimán Barbudo* no es tan explícita a la hora de trazar sintonías, pero las menciones de la glasnost y la perestroika son regulares en la revista de la UJC. En enero de 1986, Alejandro Ríos publica una entrevista al poeta Eugeni Evtushenko en la que se reivindica heredero de poetas como Mayakovski, Esenin y Pasternak. En marzo de ese año, Lourdes Pasalodos entrevista a la protagonista de la película *Moscú no cree en lágrimas*. En junio, en una entrevista a la actriz Liudmila Gurchenko, la misma Pasalodos le pregunta por lo que espera de la política del PCUS después del XXVII Congreso del PCUS. La actriz contesta: “El momento es de revitalización en todos los órdenes y estoy convencida de que también para la cultura es importante lo que está sucediendo” (11). En septiembre, Pasalodos viaja a Kazajistán para la XIX edición del *Festival de Cine de la URSS*. En un momento comenta lo siguiente:

En todas partes escuché hablar de Mijail Gorbachov, de los acuerdos del XXVII Congreso del PCUS, de la necesidad de que el cine vaya al planteo de la verdad, y la crítica se convierta en un estilo natural de convivencia. Los soviéticos viven días extraordinarios al impulso de nuevos estímulos. Gorbachov es un hombre querido y admirado por su pueblo, que se afana por nuevos derroteros con el propósito de elevar la calidad del nivel de vida (1986: 21).

Es importante destacar estas impresiones. En primer lugar, hay que subrayar que Pasalodos comenta estas ideas en una crónica sobre cine. En segundo lugar, de una manera sutil la autora desliza sin decirlo una completa adhesión a los cambios que se están produciendo en la URSS. Recordemos que en esta época la glasnost no supone una inclinación al mercado, sino, como dice Pasalodos, la búsqueda de la verdad y la afirmación de la crítica. Por este motivo, la descripción de lo que ve en la URSS se transforma en máxima que busca ser universal. Cuando afirma “la necesidad de que el cine vaya al planteo de la verdad, y la crítica se convierta en un estilo natural de convivencia” Pasalodos simplemente describe lo que surge de los acuerdos del Congreso del PCUS, pero al redactarlos de esa manera se vuelven una necesidad de cualquier persona ya que se trata de una defensa de la crítica y la verdad. Lo mismo sucede con el afán de Gorbachov de encontrar “nuevos derroteros con el propósito de elevar la calidad de nivel de vida”: son derroteros de Gorbachov, pero no pueden no ser compartidos por todos. Como podemos ver, la crónica de lo que pasa en el extranjero supone traslación al campo cultural cubano.

En *La Gaceta de Cuba* la glasnost tiene una presencia todavía más significativa. Pero en lugar de hacer un recorrido por la publicación, me voy a concentrar en el número de noviembre-diciembre de 1987, cuya tapa reproduzco a continuación:



Imagen 1: Portada de *La Gaceta de Cuba*, noviembre-diciembre, 1987.

La tapa es interesante por la forma en que integra de manera gráfica títulos sobre la Unión Soviética, una apreciación política sobre Vargas Llosa y el sintagma “La cultura del diálogo”, tomada de un discurso del ministro de cultura Armando Hart. Podemos decir que la tapa es el resultado de una decisión editorial que traza un mapa (y por lo tanto genera un sentido) con lo que aparentemente serían los conceptos centrales del número. Detengámonos primero en “Geografía política de la Unión Soviética”. Es un despliegue en cuatro páginas de poemas de autores que pertenecen a alguna de las quince repúblicas que conformaban la Unión Soviética, entre los que se destacan escritores que fueron rehabilitados por la glasnost, como Osip Mandleshtam y Sergei Esenin. Pasemos ahora a “Los niños de Arbat”. Se trata de la traducción de un fragmento de la novela de Anatoli

Ribakov, titulada precisamente *Los niños de Arbat*, realizada por Justo Vasco. En el texto, el traductor hace una breve presentación a la que enseguida volveremos. Previo a esto, es importante destacar la polémica que había levantado el texto de Ribkov unos meses antes en la URSS.

Los niños de Arbat es una extensa novela sobre la época de Stalin que transcurre entre octubre de 1933 y diciembre de 1934 en el barrio moscovita de Arbat. Aunque Ribakov la termina a principios de los ochenta, a mediados de esa década todavía seguía inédita. Según Joseph Gibbs, en 1986 la revista *Druzhba narodov* había anunciado la publicación del texto en entregas. Ese anuncio llegó de inmediato a las más altas esferas: surgió en una reunión del Politburó del 27 de octubre de 1986. Yegor Ligachev, el segundo del gobierno después de Gorbachov, tomó la palabra para oponerse terminantemente a la publicación de *Los niños de Arbat* señalando que “El sentido de este manuscrito de mil quinientas páginas se reduce a desenmascarar a Stalin y a toda nuestra política de preguerra”. “Está claro –agregó luego en la misma reunión- que una novela como esa no debe ser publicada aun si Ribakov amenaza con enviarla al extranjero” (Gibbs, 1999: s/p). La novela se publicó a instancias de Gorbachov, anunciando el camino que éste tomaría en 1988 con su campaña de desestalinización, con la que fracturó definitivamente la legitimidad del Partido. Por todos estos motivos, la traducción de Vasco para *La Gaceta* es altamente significativa, pues lo que hace es dar a conocer uno de los textos clave de la glasnost. En la introducción al texto el traductor repasa algunos pormenores de la publicación y la ansiedad de los lectores rusos: “Quien pudiera conseguir la novela aunque fuera por un par de días, corría a una biblioteca o centro de documentación a fotocopiarla (admito

que aquí, en La Habana, hice lo mismo con la primera parte” (29). Recuerda que esto sucede con otros libros y periódicos, lo que se conoce como samizdat. El fragmento que elige publicar se explaya sobre las relaciones de Stalin con Kirov, cuyo asesinato desencadena la Gran Purga de los años treinta debido a que el primero responsabilizó a Trotsky, Bujarin y Zinóviev del crimen.

Vayamos ahora a “Chagall vuelve a Moscú”. Se trata de un artículo sin firma que también se refiere a la glasnost soviética. Enseguida notamos que el título del artículo es en realidad otro al que se anuncia en la tapa: “Moscú: un espacio para Chagall en su patria”, lo que revela una decisión editorial interesante, pues busca resaltar de manera más directa el clima de reforma y restitución cultural que se vive en la URSS. El texto repasa las actividades del pintor ruso tras el triunfo de la Revolución. Maestro de artes plásticas en Vietbsk, Chagall tiene entre sus colaboradores a Kasimir Malevich, quien lo ataca con dureza a principios de los veinte. En 1922 se radica en Francia, donde muere en 1985. La vuelta a Moscú de la que habla la tapa de *La Gaceta* se explica por la glasnost, como lo destaca el semanario *Ogonyok*: “Hubo un tiempo en que olvidamos a Chagall. Lo consideramos un vanguardista y un emigrante. Hoy, el viento purificador de la *glasnost* (transparencia) nos trae una imagen completa del trabajo creativo de este hombre” (18). El artículo subraya al final: “Una rúbrica de reconocimiento se traza ahora, en 1987, cuando el Estado soviético lo vuelve a considerar uno de los suyos” (1987: 18).

El acento latinoamericano y cubano de la tapa lo dan el artículo sobre Vargas Llosa y el texto de Armando Hart. El ensayo sobre Vargas Llosa es un artículo sin firma en el cual se califica al autor de *La ciudad y los perros* de

intelectual de derecha que está en contra del proceso de democratización que se ha abierto en Perú con la presidencia izquierdista de Alan García. En el polo opuesto del espectro ideológico se encuentra el texto de Armando Hart, una reseña de *Un encuentro con Fidel*, libro de 1987 que transcribe la entrevista que le realizó el periodista italiano Gianni Miná al presidente cubano. Se trata de una esperable *oratio laudatoria* del máximo líder de la Revolución, pero en esta oportunidad Hart pondera la capacidad dialéctica de Castro, conectándola con la condición antidogmática del marxismo. Ciertamente, el texto no se refiere a la situación soviética, sino que apunta al interés de Castro por encontrar una solución armónica al concierto de las naciones poniendo como referencia el Movimiento de Países no Alineados. Pero la organización del número y el modo en que están presentados los temas en la tapa generan un efecto distinto. Castro aparece como una figura indiscutida abierta a la discusión, Vargas Llosa se cierra a la democracia desde una posición de derecha y la revista establece puentes de conexión culturales con la glasnost.

Esto tiene aún mayor claridad en un artículo en dos partes, no mencionado en la tapa, pero incorporado en este mismo número de *La Gaceta*, de Desiderio Navarro: “Un Pérez en troika por la perestroika”. El título realiza un juego de palabras con el segundo apellido del crítico cubano, Pérez, y con la palabra troika, que quiere decir trineo. En él, relata un viaje, no tanto por la Unión Soviética, sino por las revistas científicas de ese país (como se sabe, Navarro leía y traducía del ruso y de buena parte de las lenguas eslavas, germanas, sajonas y latinas). Empieza con un informe de *Sovetskaja kul'tura* en la que un crítico se refiere al estancamiento en las investigaciones estéticas y literarias. Reclama para su renovación la reconexión

con Occidente. Pasa a *Nauka i zhizn'* y de allí glosa un artículo inédito de Konstantin Simonov junto con el texto de Samsonov, un académico titulado de manera elocuente “Lo principal: la verdad”. Siguiendo una línea cara a Gorbachov, quien se veía como aquel que venía a concluir la empresa trunca de Nikita Jrushov, el autor afirma que en la época de Simonov la verdad “estaba en poca estima, cuando en el Partido y en el país comenzaba la desviación de las resoluciones y principios del XX Congreso del PCUS” (1987: 26). Se trata del famoso Congreso presidido por Jruschov, “que había dicho al pueblo la verdad sobre el culto de la personalidad de Stalin, sobre muchos fenómenos negativos de nuestra historia de preguerra y postguerra” (1987: 26). Asumiendo el tono de la glasnost, Samsonov proclama que “Durante demasiado tiempo nos obligaron a escribir no lo que ocurrió, sino lo que era necesario para el correspondiente acontecimiento de la vida” (1987: 27). Tras estas dos observaciones sobre la apertura en la información y la discusión, Desiderio Navarro propone una traducción etimológica de la palabra glasnost, que transcribo completa a continuación:

No sé qué fue primero: si la falsa etimología o el desconocimiento del léxico ruso o español, pero lo cierto es, por una parte, que *glasnost'* no se deriva, como algunos creen, de la palabra inglesa *glass* (vidrio, cristal), y, por otra, que no significa “transparencia” en los sentidos literal y metafórico que de esta palabra registran los diccionarios españoles. En realidad, *glasnost'* es un sustantivo abstracto derivado del adjetivo *glasnyi*, procedente, a su vez, de la palabra castizamente rusa y hoy arcaica, *glas*, que significa “voz”. En cuanto al significado de *glasnost'* no es otro que la cualidad o condición propia de lo que es *glasnyi*, o sea como define el clásico *Diccionario de la lengua rusa* de Ozhegov, “accesible al conocimiento y discusión públicos”. Un juicio *glasnyi* no es un “juicio transparente”, sino uno público, realizado a puertas abiertas. *Glasnost'* informativa significa “accesibilidad pública a la información”, y no, como se lo ha venido traduciendo, “transparencia informativa”, lo que en buen español quiere decir “facilidad con que se puede descubrir el

sentido de la información” (véase, por ejemplo, “alusión transparente”). No obstante, nada sería más parecido al reino pleno de la *glasnost* que una sociedad imaginaria en la que todos los asuntos de importancia social se discutieran en locales de paredes transparentes en un sentido nuevo, más amplio, esto es, que dejaran pasar no sólo la luz, sino también el sonido, las voces, hacia el resto de la sociedad, así como en sentido contrario. Sólo sobre la base de esa nueva acepción acústica traslaticia, la palabra “transparencia”, por una segunda traslación (de transitabilidad sonora a comunicativo-social), sería una traducción válida de *glasnost*, concepto ligado, hasta por su etimología, al diálogo y no a la contemplación (27).

Más allá de la precisión etimológica de Navarro, lo interesante es que retoma la idea de que la *glasnost* se refiere a la discusión pública. Aunque no lo dice con esas palabras, podemos ver en esta caracterización la idea de que el concepto soviético supone la puesta en marcha de la esfera pública de la que habla Jürgen Habermas, es decir, el desarrollo de un campo de opinión que surge de la sociedad civil. A la vez, el texto tiene potencia porque practica una labor de traducción. Traducir es siempre incorporar a lo propio lo que en principio es ajeno. Es un acto de echar luz sobre las afinidades pero a la vez apropiarse de lo que sucede en la lengua o la cultura extranjeras para convertirlo en un dispositivo para pensar lo que pasa en nuestro lugar. Por eso, sin decirlo, *La Gaceta de Cuba* refiere de manera indirecta un proceso de transformación que se dirige o busca que se dirija hacia una mayor discusión y democratización de la palabra.

En lugar de avanzar en otros textos que pueden complementar lo señalado hasta acá creo oportuno sacar algunas conclusiones. Como vimos a lo largo de este trabajo, las revistas culturales permiten destacar una afinidad importante entre los cambios que se producen en Cuba y los que se producen en la URSS. Para comprender esto, acercamos una periodización más ajustada sobre los últimos años del bloque soviético poniendo el foco en que la clave para

la recepción en Cuba es el primer tramo de la glasnost. En este trabajo, pudimos ver que esta afinidad, sintonía o cercanía está dada por al menos tres cuestiones: 1) la importancia de la palabra crítica en la prensa periódica y cultural, 2) la renovación del campo intelectual tanto por medio de reformas institucionales como a través de la incorporación de nuevos temas, 3) el intento de dinamizar la esfera pública desde los debates artísticos, literarios e intelectuales. Como vimos en varias oportunidades, se trata de fenómenos endógenos (el dato simbólico es el reemplazo de un Guillén de edad avanzada por directores jóvenes en las revistas de la UNEAC), pero sintonizan con lo que sucede en la URSS. En correspondencia con esto, destacamos que esta sintonía es detectada por los mismos escritores e intelectuales cubanos de la época. Así, las revistas culturales incorporaron noticias, crónicas y reflexiones sobre la perestroika y la glasnost, incorporación que permiten una doble lectura: por una parte se trata de formas de comprender lo que sucede en el extranjero y por la otra es un modo de utilizar lo extranjero para entender y potenciar lo que sucede en Cuba. Al respecto, son claves el acento en lo universal de las reformas de Gorbachov que realiza Pasalodos y las traducciones que hacen Justo E. Vasco y Desiderio Navarro para *La Gaceta de Cuba*.

Como vimos de manera rápida, esta experiencia se cerró en agosto de 1989, cuando el gobierno dejó en claro su pensamiento sobre la perestroika por medio de una nota editorial mediante la cual comunicó que se interrumpía la circulación de las revistas soviéticas *Sputnik* y *Novedades de Moscú*. A esa altura, la perestroika se había convertido en una plataforma de políticas pro-mercado y la glasnost en una campaña de deslegitimación del PCUS, direcciones que llevaron al desmontaje del comunismo y la instalación de un sistema multipartidario de tipo

liberal. En la nota recién mencionada el Partido cubano destacó esto señalando que las revistas soviéticas “son portadoras de puntos de vista y posiciones respecto a la construcción del socialismo, a partir de una determinada interpretación de la experiencia soviética, casi siempre controvertidos, cuando no sustancialmente divergentes de los criterios y la orientación esencial de nuestro Partido” (1989: 1). Enseguida, el Partido lamentaba “las consecuencias negativas que advertimos como resultado de la difusión entre nosotros de esas tergiversaciones confusiones, patrañas, que en suma constituyen dolorosas muestras de incultura política e incultura general” (1989: 1). No deja de ser interesante comprobar que estas últimas observaciones demuestran que existían importantes afinidades entre la cultura cubana y los procesos de cambio que se habían gestado durante los primeros años de la glasnost.

Una mirada como la que acabo de proponer permite echar luz sobre una serie de cuestiones que enuncio para finalizar. En primer lugar, a fines de los años ochenta se profundiza una considerable autonomía de la cultura respecto de la dirigencia política. Esto es algo que resaltamos a partir de las observaciones de Domínguez pero que se ratifica a partir del análisis realizado. Recordemos en este sentido que la desconfianza de la dirigencia política hacia la perestroika comienza a definirse a fines de 1987. Sin embargo, el gobierno recién toma una decisión drástica en agosto de 1989. Hasta ese momento los debates y los puentes con los procesos soviéticos siguieron su curso. En segundo lugar, hay que destacar que al menos hasta fines de 1987 la idea de la glasnost está ligada básicamente a los conceptos de crítica, democratización, circulación de la información y ampliación de los debates públicos. No se discute la legitimidad del Partido y de hecho eso

es algo que no va a pasar en las revistas culturales. En este sentido, existe una desconexión entre la cultura literaria y artística cubana y la dinámica que toma la perestroika sobre todo en Europa del Este en 1989, puntualmente informada por la prensa periódica, muy especialmente por las crónicas y artículos de opinión de Elsa Claro en *Bohemia* a medida que se derrumbaba el socialismo en Europa. Por este motivo, podemos decir que si existe una cierta autonomía de la cultura respecto de la dirigencia política, también existe una relativa independencia de Cuba respecto de la dinámica acelerada que toma el proceso de cambios en el bloque soviético. Los motivos pueden ser varios, desde la incompreensión de lo que sucedía en la URSS a las presiones políticas del gobierno y la autocensura, pero lo cierto es que la cultura cubana sintonizó con debates que quedaron circunscritos al ámbito literario y artístico y solo de manera marginal se intentaron conexiones con la política. El caso central es el del grupo Tercera Opción, derivado de Paideia, que planteó una intervención en el ámbito del poder.

Este clima dinámico permite comprender tres cuestiones de la cultura cubana de las últimas décadas. En primer lugar, el paso del yo colectivo al yo individual en la poesía y la narrativa podría verse en el marco de una ruptura más general de la cultura respecto de la política partidaria, ruptura basada en la autonomización de los debates estéticos e intelectuales respecto de la Revolución. En segundo lugar, esos mismos debates permiten comprender el surgimiento de una literatura marcada por la crítica y la discusión, que tiene como emergentes a escritores como Antonio José Ponte, Iván de la Nuez e incluso Rafael Rojas, que se formaron en este período de discusiones intensas. En tercer lugar, como demuestra el camino de Tercera Opción recién mencionado, la apuesta por

el yo y la colocación del discurso en el campo de la crítica tiene como una de sus direcciones posibles la impugnación del poder desde el campo del arte y la literatura. En otras palabras, en los años ochenta se produce el nacimiento de una subjetividad, se potencia la autonomía del arte y la literatura respecto de la Revolución y se genera un tipo de intervención política desde lo estético, tres elementos que van a caracterizar la literatura cubana (y posiblemente no cubana) hasta bien entrado el siglo XXI.

Bibliografía

- Cabezas Miranda, Jorge (2012). *Proyectos poéticos en Cuba (1959-2000). Algunos cambios formales y temáticos*. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante.
- Castro, Fidel (1986). *Informe central del III Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Editora Política.
- Domínguez, Jorge I. (1993). "The Political Impact on Cuba of the Reform and Collapse of Communist Regimes". *Cuba After the Cold War*. Carmelo Mesa-Lago ed. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp. 99-132.
- Dorta, Walfrido (2002). "Estaciones, estados, documentos: panorama de la poesía cubana en los '80 y los '90 del siglo XX". *Anales de Literatura Hispanoamericana* 31, pp. 17-38.
- Fernández Batista, Fabio Enrique (2021). *Crónica de un derrumbe: el colapso del "socialismo real" en la prensa escrita cubana (1985-1992)*. La Habana: Editorial UH.
- Francisco Morán (1999). "La generación cubana de los 80: un destino entre ruinas". *Cuadernos Hispanoamericanos* 588, pp. 15-29.
- García Luis, Julio (2014). *Revolución, socialismo, periodismo. La prensa y los periodistas cubanos ante el siglo XXI*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente.
- Gibbs, Joseph (1999). *Gorbachev's glasnost: the Soviet media in the first phase of perestroika*. Texas: Texas University Press.
- Hart Dávalos, Armando (1987). "La cultura del diálogo". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, pp. 8-10.
- Iriarte, Ignacio (2024). "La cultura cubana de los años 80. Una discusión sobre los aportes de Rafael Rojas". *Revista Recial* XV/26, pp. 33-59.
- Keeran, Roger y Keeny, Thomas (2015). *Socialismo traicionado. Tras el colapso de la Unión Soviética*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

- Marqués Ravelo, Bernardo (1987). "Error (y horror) del titulito". *El Caimán Barbudo* 20/231, p. 28.
- Morejón Arnaiz, Idalia (2020). "Presentación". *Naranja dulce. Edición Facsimilar*. Ediciones Incubadora, pp. 4-13.
- Navarro Pérez, Desiderio (1987). "Un Pérez en troika por la perestroika". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, pp. 28-28.
- Otero, Lisandro (1987). "Sparring con Lisandro Otero". *El Caimán Barbudo* 19/230, pp. 19-11.
- Pasalodos, Lourdes (1986). "Desde Alma-Atá. Crónica de un viaje anunciado". *El Caimán Barbudo* 20/226, pp. 20-21.
- (1986). "El mundo es demasiado pequeño. Entrevista con la actriz soviética Vera Alentova". *El Caimán Barbudo* 19/220, pp. 2-3.
- (1986). "El trágico oficio del actor. Entrevista a Liudmila Gurchenko". *El Caimán Barbudo* 20/222, pp. 10-11.
- Ríos, Alejandro (1986). "Quería más de lo que podía. Entrevista con Evgueni Evtushenko". *El Caimán Barbudo* 19/218, pp. 2-4.
- Rodríguez, Reina María (1982). *Cuando una mujer no duerme*. La Habana: Ediciones Unión.
- Rojas, Rafael (2006). "Memorias de Paideia". *Cubista Magazine* 5, s/p.
- (2009). "Souvenirs de un Caribe soviético". *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*. Barcelona: Anagrama, pp. 57-80.
- S/A (1987). "De cuando el escritor se pasó de rosca". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, pp. 2-5.
- S/A (1987). "Moscú: un espacio para Chagall en su patria". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, p. 18.
- S/A (1989). "Una decisión inaplazable, consecuente con nuestros principios". *Granma* 4 de agosto, p. 1.
- Vasco, Justo E. (1987). "Geografía poética. Un recorrido poético por las quince repúblicas de la URSS". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, pp. 22-25.
- (1987). "Los niños de Arbat". *La Gaceta de Cuba* noviembre—diciembre, pp. 29-31.
- Zubok, Vladislav (2008). *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica.